

**“Ignacio Cumplido, artista y empresario del siglo XIX”.
Establecimiento tipográfico de Ignacio Cumplido.
Libro de muestras. (Edición facsimilar de la
de 1871). Estudio preliminar de María Esther
Pérez Salas. México: Instituto de Investigaciones
Dr. José María Luis Mora, 2001. ISBN 970-684-043-5**

A la mitad del siglo XIX, Juan Valle se convierte en el bardo oficial de la Reforma. En un texto dedicado a Ignacio Comonfort, celebra los grandes inventos que han contribuido al fin de la superstición y el pleno ejercicio de la libertad. Alaba la mecánica, el vapor, el telégrafo, como los nuevos dioses que, en nombre de la razón, modifican la manera de vivir. Como elemento civilizador y progresista, la imprenta tiene un lugar de honor en su poema:

Con razón da temblor y causa espanto
a los tiranos la sublimada imprenta;
que ella de la verdad el fuego santo
cual fiel vestal mantiene y alimenta.
Es un gigante que en perpetuo canto
la historia entera de los pueblos canta;
sabio piloto, audaz, vigía atento,
del universo lengua y pensamiento.

“Yo soy un hombre de letras”, declara,
justamente ufano, el personaje de Fer-

nando del Paso que en *Noticias del imperio* hace la relación de las diversas maneras en que utiliza los signos del lenguaje para ponerlos al servicio de la República. Concluye por matar a un soldado “francés pero mexicano” arrojándole a la cabeza una caja de madera con tipos móviles, armas que material e ideológicamente contribuyeron a la victoria final.

Cuando Valle escribe su elogio de la imprenta, las artes gráficas tienen en nuestro país a algunos de sus mejores exponentes, y la industria editorial se encuentra en su apogeo. Todos quieren editar, pero también ser parte activa del proceso. Los autores manufacturan sus propios libros, como es el caso de las artesanales y conmovedoras ediciones de Luis G. Inclán y sus rústicas litografías. También desde el siglo XVIII, los editores dieron a la luz numerosos catálogos de tipos, viñetas y molduras, con objeto de que los clientes eligieran aquellos que fueran

más de su gusto. Varios de ellos llegaron a constituir verdaderas obras de arte, como los cuatro volúmenes en octavo del *Manuel Typographique* de Fournier *El Joven*, impreso en París en 1764. El subtítulo es, por demás, elocuente: "Obra útil a las gentes de letras y a aquellos que ejercen las diferentes partes del arte de la impresión".

En *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Hesiquio Iriarte es autor de la litografía del cajista, quien luce en el taller sombrero de copa, pantalón de *dandy* y —como nota local— un paliacate a la cintura que ataja las traiciones de la tinta. José María Rivera hace su retrato escrito, mientras en *Los niños pintados por ellos mismos*, Manuel Benito Aguirre traza el retrato del aprendiz de imprenta.

Del brillante conjunto de místicos de la letra, Ignacio Cumplido tiene un lugar de honor debido a la exigencia que se impuso en los trabajos que realizó, tanto para la *familia enferma* como para los *viejos pelucones*. Como ninguno de sus contemporáneos, insistió en que la tipografía conservara su condición de arte mayor. El canalla y el héroe, el político incomprendido o el comerciante, el abogado o el minero, todo el siglo XIX desfila por el célebre taller situado en la calle de los Rebeldes, actualmente Artículo 123, para transformar su pensamiento en armonía tipográfica. Gracias a la cuidadosa bibliografía de los libros impresos por Cumplido, preparada por Ramiro Villaseñor y Villaseñor, es posible ver

de qué manera el maestro tuvo que ver con todo tipo de proyectos. Cumplido —fiel a su nombre— supo ser leal a la letra sin fijarse en la filiación política del cliente, e incluso sufrió prisión a causa de ello. En 1840 imprimió el folleto de José María Gutiérrez de Estrada que ha pasado a la historia como la apasionada defensa de la monarquía, cuando la clarividencia del ilustre retrógrado yucateco advertía contra la posibilidad de que en 20 años la bandera de los Estados Unidos ondeara sobre Palacio Nacional. Autor e impresor sufrieron el ostracismo de la nación. Para defenderse, Cumplido acudió a las armas que mejor sabía manejar, e imprimió un folleto impecable que presentó ante las autoridades, que por comodidad lingüística llamamos competentes.

Cumplido tuvo una de las cualidades que más agradecemos en un artista. Era capaz de hacer fastuosas ediciones, cuando se le presentaban los recursos económicos, o de resolver limpiamente un problema cuando el cliente sólo contaba con dinero para tinta y papel. *La Ilustración mexicana* es uno de los ejemplos más notables de nuestra hemerografía, por lo que se refiere a la colaboración entre un escritor y un impresor. El infatigable Francisco Zarco traducía, redactaba artículos originales, revisaba galeras. Cumplido conseguía grabados en el extranjero y fomentaba el cultivo de la litografía nacional.

Pero al lado de obras clásicas de nuestra bibliofilia, como *El Presente*

amistoso, Cumplido fue un amante exigente de la tipografía perfecta, del entintado impecable, de la simetría en la página. Con las portadas tipográficas de Cumplido sucede lo que con una catedral. Nuestra mirada agradece la distancia, la diferencia de tipos, la invisible estructura de copa renacentista porque el maestro ha tenido la elegancia de ocultar sus herramientas y dejarnos ante el irreprochable resultado. En su *Historia crítica de la tipografía en la ciudad de México*, Enrique Fernández Ledesma, severo juez de los malos impresores, no tiene sino alabanzas para Cumplido.

Cada generación piensa que la historia del mundo nace con ella y a partir de ese dogma ejerce su soberbia. El pecado de la generación de Cumplido consistió en creer que el papel fabricado industrialmente resolvía el problema de la demanda. Nunca pensaron en la acidez y la muerte inevitable de aquello que se imprimiera en dichas páginas. Por ello resulta doblemente elogiable el esfuerzo del Instituto Mora por hacer una edición facsimilar, tan bella y cuidadosa, de un libro peculiar en nuestra historia, puesto que se trata de un catálogo, un muestrario comercial con fines pragmáticos. Ahora nos asomamos a esos catálogos y leemos la historia de la sensibilidad de una sociedad, sus expectativas económicas, sus mitos, sus utopías.

El poeta cubano Eliseo Diego conibió uno de los homenajes más bellos a la tipografía en su libro titulado

Inventario del mundo o libro de las maravillas de Boloña. Se trata de una serie de poemas dedicados al manual tipográfico de José Severino Boloña, impreso en La Habana en 1836. La metáfora del poeta es aplicable al *Libro de muestras* de Cumplido. Más allá de un muestrario comercial, es un inventario del mundo siglo XIX, de sus obsesiones y sus formas de representación laicas y religiosas. Jesucristo y sus apóstoles, el soldado, el gorro frigio, pequeñas historias fantásticas, alegorías, flores de la primavera inmortal, el águila sucesivamente elevada y traicionada, efigies de un ya perdonado Napoleón III, hombres, mujeres, animales y cosas pasan lista de presente en estas páginas.

Pablo Neruda, consciente de la aventura que significó convertir cada signo en obra de arte, escribió una "Oda a la tipografía", de la cual me permito compartir con ustedes un fragmento como homenaje a Ignacio Cumplido y al Instituto José María Luis Mora, en sus 20 años de venturosa existencia al servicio de las letras y de la República:

Desde
las manos medioevales
avanzó hasta tus ojos
esta
N
este 8
doble
esta
J

Esta

R

de rey y de rocío.

Allí

se trabajaron

como si fueran

dientes, uñas,

metálicos martillos

del idioma.

Golpearon cada letra,

la erigieron,

pequeña estatua negra

en la blancura,

pétalo

o pie estrellado

del pensamiento que tomaba forma

de caudaloso río

y que al mar de los pueblos navegaba

con todo

el alfabeto

iluminando

la desembocadura.

El corazón, los ojos

de los hombres

se llenaron de letras,

de mensajes,

de palabras,

y el viento pasajero

o permanente

levantó libros

locos

o sagrados.

Debajo

de las nuevas pirámides escritas

la letra

estaba viva,

el alfabeto ardiendo,

las vocales,

las consonantes como

flores curvas.

Los ojos

del papel, los que miraron

a los hombres

buscando

sus regalos,

su historia, sus amores.